

COMPONENTES ÉTICOS DE LA GESTIÓN PÚBLICA Y SUS EFECTOS EN LA DEMOCRACIA.

Jorge Maldonado Roldán.

1.- Introducción: la crisis de confianza.

La confianza y la desconfianza, son experiencias humanas cotidianas. Los seres humanos nos batimos con esta tensión todos los días y a cada momento.

Ambos conceptos no tienen per se, una carga ética determinada. Para hacer una interpretación ética, hay que analizar a los involucrados, poner una situación en contexto y una vez analizados los hechos y sus actores, emitir una opinión o realizar un juicio al respecto.

Si nos acercamos a una definición del término confianza, podemos señalar que se trata de una “esperanza firme en que algo sucederá”. Hay un cierto acto de fe, en que alguien se comportará de un modo conocido o que un hecho se desarrollará de una forma previsible o bajo una lógica definida.

Hay entonces una apuesta respecto de una expectativa y no necesariamente de un hecho objetivamente determinable.

Así entonces, tener desconfianza sobre el resultado de un hecho específico, -signo de una prudencia necesaria o, contrario sensu, de una seguridad ciega-, puede representar un peligro inconmensurable.

Los análisis que pueden hacerse de la confianza en relación a una persona concreta, frente a una situación definida, puede trasladarse a las organizaciones, las sociedades y sus desafíos históricos.

Hoy se habla de que existe una verdadera crisis de confianza, que parece afectar transversalmente a las personas y las sociedades en el actual contexto global.

Obviamente esa misma reflexión es posible de aplicar a la esfera local y a la acción de los municipios.

Más allá de procurar demostrar o no la verdadera profundidad de esta crisis, su impacto y sus efectos colaterales, nos interesa aquí observar su contenido ético y las implicancias generales que esto pudiera tener, especialmente en el marco del sistema democrático. Estamos asumiendo, entonces, que la desconfianza, se trata de un hecho patente, que se ha instalado como una tendencia generalizada y que se muestra de modo muy evidente en las más diversas expresiones de nuestra sociedad actual en general y aquella que se visualiza desde el espacio local.

La cuestión entonces, dice relación al enfrentamiento de una creciente desconfianza en las

instituciones democráticas y los riesgos que ello trae, en última instancia, a la posibilidad de instaurar una buena convivencia entre los seres humanos, orientarnos al bien común de la sociedad y la consolidación de una democracia robusta, que esté a la altura de los retos globales y locales más urgentes y acuciantes.

Como se aprecia, nuestro foco de interés es eminentemente ético.

2.- Hacia una ética aplicada a los desafíos democráticos.

Siguiendo las orientadoras reflexiones de la prolífica filósofa valenciana Adela Cortina, entendemos la ética como un tipo de saber que pretende orientar la acción humana en un sentido racional y en el conjunto de la vida. Se trata de forjar el carácter para vivir bien, buscar la felicidad personal y comunitaria, respetando los derechos humanos y la dignidad de las personas.

Desgajemos este concepto. Lo primero, es que la ética no se trata de un mero ejercicio intelectual destinado a una suerte de pura satisfacción académica, para quien lo realiza. La gran pretensión de la ética, es servir de faro a la vida de las personas y contribuir con ello al “bien vivir”.

Claro, la pregunta siguiente siempre es: ¿y quién determina qué es “bien vivir”? Una tarea crucial de la ética es como escapar al individualismo absoluto, en que cada uno establece sus propios parámetros de felicidad, que pueden (o no) incluir, o al menos considerar, a los demás.

Hay en consecuencia, una búsqueda racional para trascender la pura inmanencia y encontrar sentido a aquello que llamamos el Bien Común, un bien, que en todo caso, no excluye el bienestar de las partes, y aspira a conciliarlo con el del todo.

Hemos sostenido nuestra convicción que el mundo se encamina hacia la necesidad imperiosa de concordar en lo que podemos llamar una ética mundial, al estilo de lo que el teólogo Suizo Hans Küng ha venido trabajando en las últimas décadas.

A ese respecto, podemos traer a colación un recordado discurso dado el año 2003 por el entonces Secretario General de Naciones Unidas, Kofi Annan, en la Universidad de Tubinga, cuando señalaba: *“Toda sociedad necesita la cohesión que proporcionan los valores comunes, de manera que los miembros sepan qué esperar unos de otros y tengan principios compartidos para resolver sus diferencias sin recurrir a la fuerza. ... La globalización ha creado muchas oportunidades, pero también muchas presiones y dislocaciones. Hay una reacción en su contra, precisamente porque no la hemos manejado de acuerdo con los valores universales en que afirmamos creer. ... Decepcionados con la globalización, muchos se han refugiado en interpretaciones más estrechas de la comunidad, lo cual crea sistemas de valores en conflicto, que a su vez inducen a la gente a excluir a algunos de sus congéneres del ámbito de su compasión y solidaridad porque no comparten las mismas creencias religiosas o políticas o el mismo patrimonio cultural o incluso el mismo color de piel. ... Los valores no existen para servir a los filósofos o a los teólogos sino para ayudar a la gente a vivir su vida y organizar sus sociedades. Por lo tanto, en el plano internacional, necesitamos mecanismos de cooperación suficientemente fuertes para insistir en los valores universales y suficientemente flexibles para ayudar a la gente a realizarlos de una manera que pueda aplicarse efectivamente a sus circunstancias particulares...”*¹

¹ Annan, Kofi, Conferencia “¿Existen todavía valores universales?”. Universidad de Tubinga, Alemania. 12 de diciembre de 2003. Se puede encontrar en http://www.un.org/es/sg/annan_messages/2003/tubingen.htm

Para Küng, el proyecto de ética mundial, presentado en América Latina el año 2007, se origina en la pregunta:

“¿es posible la supervivencia de la humanidad, de las naciones, sin una paz y una ética mundial? El problema es abordado por el autor mediante las siguientes tesis:

- No habrá paz entre las naciones sin paz entre las religiones.
- No habrá paz entre las religiones sin diálogo entre las religiones.
- No habrá diálogo entre las religiones sin estándares éticos globales.
- No habrá supervivencia de la paz y la justicia en nuestro mundo global sin un nuevo paradigma de las relaciones internacionales fundado en estándares éticos globales.

Según el autor, hay que partir del principio de humanidad, el cual se encuentra presente en casi todas las tradiciones éticas y religiosas del mundo, expuesto del siguiente modo: "todo ser humano ha de recibir un trato humano"... en el ámbito de las religiones, tal mandato se expresa mediante la llamada regla de Oro: "no hagas a los demás, lo que no quieres para ti".

En la práctica, de este principio se desprenden cuatro compromisos fundamentales:

1. Compromiso con una cultura de la no-violencia y de respeto a toda vida: la antigua regla: "¡No matarás!" Dicho positivamente: "Respetar la vida".
2. Compromiso con una cultura de la solidaridad y con un orden económico justo: el antiguo mandamiento: "¡No robarás!" Dicho positivamente: "Obra con justicia y honradez".
3. Compromiso con una cultura de la tolerancia y con una vida en veracidad: la antigua exigencia: "¡No mentarás!". En otras palabras: "Habla y actúa desde la verdad".
4. Compromiso con una cultura de la igualdad de derechos y de camaradería entre hombre y mujer: la antigua máxima "¡No harás mal uso de la sexualidad!". En forma positiva: "Respetaos y amaos los unos a los otros".

En este sentido, la originalidad de Hans Küng consiste en su capacidad de enlazar la racionalidad de los principios con la práctica cotidiana, por medio del recurso a las grandes religiones del mundo. En éstas se encuentran operando una serie de valores vinculantes, en los que todas ellas coinciden, y que todas ellas anuncian y promueven.

De este modo se puede esperar que la mayoría de los seres humanos, con independencia de sus creencias religiosas, y de sus formas de pensar y de vivir -entiéndase aquí también a los ateos y agnósticos- estarían dispuestos a aceptar tales principios, porque los comprenden y les resultan razonables.....En otras palabras, estos criterios éticos, al otorgarles un cierto contenido a los principios de carácter universal por hallarse ya presentes en las grandes religiones del mundo, hacen posible la comunión entre la reflexión teórica y la vida concreta.

Y, por último, es igualmente una provocación al lector para que aborde él también los siguientes interrogantes: ¿Cómo puede ser posible en la economía, la ciencia, la religión, la política y la pedagogía, la idea de una ética mundial? ¿Es posible la supervivencia de la humanidad sin paz mundial? ¿Es posible la construcción mundial de un nuevo modelo económico justo? ¿Es posible la paz mundial sin justicia mundial? ¿Es posible la paz de las naciones sin la paz y la comunión de las religiones?"²

Dado el carácter personal y a la vez comunitario de la ética así entendida, surge una interpe- lación directa a la forma en que los sistemas democráticos, están aportando (o no) a la bús- queda de este acuerdo imperioso.

La prioridad de este asunto, radica en el sentido de urgencia que conlleva. Y aquí nos acer- camos a esa llamada crisis de confianza institucional, al que hemos hecho referencia.

Sabemos que el ejercicio democrático presenta un grave retraso, respecto de la velocidad de los cambios, no solo aquellos puntuales, sino incluso a los otros que representan cambios paradigmáticos.

En ese sentido, la ciudadanía parece haber perdido la paciencia y parece ya no estar dispues- ta a conceder más tiempo, a aquellas demandas que le resultan prioritarias.

Pero, todo indica que esta situación no está referida a este o aquel problema en particular, sino a aquello que constituye probablemente, la principal promesa de la democracia: su capacidad de articular intereses individuales, en beneficio de un proyecto de bien común, con altos estándares éticos, para sus representantes.

Y es que ahí está uno de los asuntos cruciales. La clase política -y pido excusas por la gene- ralización- ha decepcionado sistemáticamente a los ciudadanos representados. Y entonces, la gente ya no está disponible para entregar su cuota de poder a aquellos en quienes desconfía. Lo que hay que decir al respecto, es que esta cultura de la desconfianza, ha sido alimenta- da por mucha gente que se acostumbró a la indiferencia de los ciudadanos que le permie- ran una y otra vez, cometer todo tipo de faltas, abusos e incluso delitos. Esta suerte de impunidad reiterada, está dando paso a indignados activos, capaces de movilizarse, de levantar su voz y de actuar en concertación con los que sienten lo mismo.

Hay demasiados ejemplos de democracias concretas, desprestigiadas por un grupo de corruptos, cuyo peor pecado, no es solo el beneficiarse a sí mismos, sino corroer las bases de credibilidad de la democracia y su consecuente sentido humanizador.

Las raíces de la desconfianza y sus peores efectos.

Hoy, mucha gente está optando por la sospecha y una actitud aprehensiva frente al presente y futuro. Otros han preferido directamente la indignación.

Las utopías esperanzadoras, parecen carecer hoy de adhesión y respaldo en gente predis- puesta a la credulidad. ¿Qué joven entrega su vida hoy por el Manifiesto Comunista, Mi Lucha, el Contrato Social o la Encíclica Rerum Novarum?. Pero esto, lejos de ser una expresión de desinterés o apatía, lo que revela es una distancia cada vez mayor, con aquellos proyectos colectivos que en otros tiempos justificaban, incluso, los motivos esenciales de mucha gente para seguir viviendo, trabajando y luchando por esos u otros ideales.

De hecho, uno de los últimos legados intelectuales de Zygmunt Bauman, fue el concepto de retrotopía, que consiste precisamente en la búsqueda de utopías en un pasado idealizado. Lo que Bauman señala con esto, es que, consecuente con su análisis de la modernidad

Bauman aprecia que la visión predominante, es aquella que concibe el pasado como lo único que es sólido, aprehensible e interpretable. Solo el pasado está en la categoría de lo cierto y el porvenir se diluye en una incertidumbre absoluta. Esta suerte de vacío de sentido, nos enfrenta al miedo a perder calidad de vida, a ser reemplazado por robots, a enfrentarnos a la desaparición como especie como efecto del calentamiento global, a la autodestrucción por diferencias ideológicas o religiosas, a la amenaza de las migraciones y muchas otras posibilidades que se perciben como factibles.

Lo que describe Bauman, es el retorno a la tribu y a la ley de la selva, que Thomas Hobbes describía con su clásica frase “Homo homini lupus” (el hombre es un lobo para el hombre). En ese escenario, el refugio parece ser el cuidado de lo propio, el individualismo más radical y el afán por volver a divinizar la propiedad privada.

Resulta muy interesante visualizar los efectos que esta actitud conlleva, respecto del sentido y práctica de la democracia, con aquellos valores y atributos que hasta ahora le hemos procurado otorgar: su contribución al bien común y a la posibilidad de una convivencia razonable.

Sin perjuicio de lo señalado, las nuevas generaciones siguen dispuestas a jugarse la vida por aquello en que creen, lo que sucede es que las viejas generaciones no hemos sido capaces de proponerles algo que justifique esa entrega. Y a falta de motivos, los jóvenes abrazan experiencias arriesgadas, que los incentiven a vivenciar pasión por algo, lo que sea.

Otros muchos ceden a los paradigmas aun dominantes, en que es el mercado el que establece los parámetros de lo correcto y lo bueno, como si la felicidad de las personas y de las comunidades humanas, fueran también un asunto de intercambio de bienes o de competencia reglada.

Cuando Stéphane Hessel, logra interpretar a los indignados de todo el mundo, en su breve manifiesto, señala: “Nosotros, los veteranos de los movimientos de resistencia y de las fuerzas de combate de la Francia Libre, llamamos a la generación joven a vivir, transmitir, el legado de la Resistencia y sus ideales. Les decimos: ¡Tomen el relevo, indignense! Los responsables políticos, económicos, intelectuales y el conjunto de la sociedad, no deben renunciar, ni dejarse impresionar por la actual dictadura internacional de los mercados financieros que amenazan la paz y la democracia. Yo les deseo a todos, a cada uno de ustedes, que tengan un motivo de indignación. Es preciso”³.

El fin de las utopías parece ser reemplazado por una indignación generalizada a todo aquello que pudiera representar un abuso o una afectación de los derechos de las personas, pero sin un proyecto claro a seguir. Es probable que el mejor ejemplo de esto, sea el éxito abrumador del “Indignate” de Hessel en el año 2010 y la tibieza editorial que recibió su texto “Comprometete” del año siguiente.

Es probable, que más que una actitud de indiferencia esencial por ser protagonistas de cambios profundos en la forma en que los seres humanos hemos habitado el mundo, lo que se manifiesta aquí, es una incapacidad por identificar los caminos precisos a seguir. Las personas pueden perder la paciencia o hasta indignarse frente al maltrato, pero de ahí a fijar un

norte común, un destino consensuado y un ideal de sociedad colectivamente asumido, eso es otra cosa.

Entre las cuestiones más desafiantes hoy, no es solo el esfuerzo por responder a la pregunta de ¿en quién confío?, sino también ¿en qué confío?, esta última un asunto aún más amplio. Lo que llamamos desconfianza institucional tiene como resultado, una actitud de cuestionamiento y también reproche a toda entidad pública, privada o de la sociedad civil, sin distinción. Lo que encontramos es entonces, una decepción generalizada.

Para la democracia esta situación es de la mayor complejidad. La predisposición que se manifiesta en mucha gente, es la de no querer delegar sus opiniones en los tradicionales representantes políticos. La decepción sobre el sistema de partidos es de tal envergadura, que la democracia representativa, está seriamente cuestionada.

En muchos lugares del mundo, los ciudadanos están optando por dejar de participar en las elecciones, aumentando con ello la abstención, al punto que muchos candidatos que resultan electos, parecen carecer de una efectiva legitimidad.

Esto parece ser una señal de que las personas están prefiriendo una democracia más directa y menos intermediada por actores, que ya no resultan confiables. En ese sentido, los avances de la tecnología, están abriendo la posibilidad de que los ciudadanos sean directamente consultados en aquellos temas que son de alto interés público.

Con todas las dificultades que aquello tendría, lo que queda en evidencia es la profundidad de la desconfianza en el sistema democrático y la necesidad de buscar alternativas que impliquen una mayor participación y deliberación ciudadana.

Esta democracia deliberativa, supone en la práctica, una consideración permanente de los ciudadanos en las principales decisiones que se adopten en una sociedad determinada, limitando de ese modo el poder de los representantes.

Sobre este y otros aspectos importantes, avanzaremos en la segunda parte de este artículo.

2.- Qyo Vadis democracia?

La desconfianza en la democracia, está generando un acelerado cuestionamiento a su sentido, orientación y destino.

Esa desconfianza no es privativa de la democracia como sistema, es una actitud generalizada que permea hasta (o desde) las relaciones entre las personas.

Desde una mirada prospectiva y bajo una visión ciudadana, la democracia se enfrenta a una rápida evolución de la forma en que las personas están entendiéndose a sí mismas, sus vínculos sociales y su relación con “el poder”.

Si miramos la democracia en sí misma, sabemos que ella ha debido asumir los embates de este tiempo, con todos los efectos de la globalización y el individualismo imperante. Por

Botro lado, lo acelerado de los cambios no permite la disponibilidad de espacios de sosiego, que le den a la democracia el tiempo necesario para la autorreflexión, la autoevaluación y la rectificación de sus errores o incluso, la afirmación de sus virtudes.

También sabemos que la institucionalidad democrática, por su naturaleza eminentemente conservadora, que tiende a beneficiar prioritariamente la estabilidad, no se caracteriza precisamente por las respuestas rápidas. El diálogo, la búsqueda de consensos, la burocracia necesaria, los procesos legislativos y tantos otros aspectos que la democracia genera, supone la instalación de procedimientos que pretenden asegurar resultados perdurables.

Además, las democracias modernas, tratando de atender sus deberes en un mundo cambiante, producen normas, estructuras y nuevos marcos regulatorios que hacen cada vez más compleja la posibilidad de acompañar adecuadamente su instalación, evaluación y perfeccionamiento. Estar siempre en construcción, agota la factibilidad real de atender los requerimientos constantes de ese crecimiento.

Por su parte, los ciudadanos se empoderan⁴ cada vez más de un modo distinto al que hemos conocido. Las nuevas capacidades que generan las tecnologías de la información y comunicación, generan un convencimiento de estar permanentemente “en línea”, participando de la vida social.

En consecuencia, no es que haya que pedir permiso para participar, la gente ya lo está haciendo. La consecuencia más lógica de esta situación, es que las personas comienzan a preguntarse, “si soy parte activa de la vida social, ¿Por qué debo delegar mi parecer a un representante que no me resulta confiable?, ¿por qué debo escoger un interlocutor que hable por mí, si preferiría decir lo que pienso de modo directo?”.

Hasta no hace mucho tiempo, hablar de democracia directa, tenía el inconveniente de su impracticabilidad. Si miramos al futuro cercano, eso se parece cada vez más a una excusa. Aunque algunos quieran mantener la ilusión de que la democracia se sostiene sobre un sistema de representación inevitable, la verdad es que hay que comenzar a asumir que ese argumento es cada vez más débil. Y pronto será definitivamente obsoleto.

La obsolescencia del sistema de democracia representativa, no tiene que ver con una especie de falla estructural o de origen. Lejos de ello, este modelo decisional nos parece el más adecuado y coherente desde un punto de vista teórico y el más razonable desde un punto de vista práctico. Sin embargo, la representación supone varias condiciones para mantener su vigencia y su virtuosidad, a saber, la calidad ética de los representantes, el cuidado permanente por el bien común, el desarrollo de estructuras que cautelen derechos y aseguren el cumplimiento de deberes, la disposición de un proyecto de largo plazo, que sea guía de inspiración de los miembros de una sociedad y el respeto irrestricto a los derechos humanos.

Lo que estamos describiendo, es más que un cambio de escenario, es un cambio paradigmático. Los sistemas democráticos tendrán cada vez más dificultades para validarse ante las conciencias ciudadanas. Las exigencias serán cada vez mayores, especialmente en lo que se refiere a la fidelidad de los representantes a la “voluntad del pueblo”. Esa voluntad, tiene una expresión muy lejana de su comprensión tradicional, pues hoy se refiere más a personas que

entienden su significado, a partir de su propia vivencia democrática, a sus decepciones y reconocimientos. Esta autorreferencia, cambia el foco desde donde es percibida la democracia, de tal manera que cada uno se transforma en la medida interpretativa de sus alcances y ya no, un estereotipo vago, genérico o teórico.

En consecuencia preguntar por el destino de la democracia, es una interrogante muy pertinente y necesaria. Todo indica que se está configurando una nueva democracia, distinta y que deberá adecuarse a los tiempos que corren. En este sentido, no hay certezas, sino más bien incertidumbre. Los éxitos pasados de la democracia, no garantizan nada y es muy probable que enfrentemos la tarea de generar nuevos sentidos y nuevos formatos, que se adapten a aquello que los ciudadanos reclaman y que en algún momento exigirán.

3.- ¿Crisis, malestar, desafección?

Se escribe mucho sobre democracia, tratando de calificar su estado actual. Para calificar, primero hay que comprender y para comprender, hay que mirar la realidad de lo que está pasando.

Lo que la realidad advierte, es que la democracia actual vive un verdadero asedio desde muchos frentes. También se constata que existe una confusión y hasta una perplejidad sobre cómo interpretar la sumatoria de acontecimientos que la ponen en cuestión.

Hay por ejemplo, una evidente disociación entre las elites de poder y los ciudadanos “de a pié” o deberíamos decir con mayor justeza, ciudadanos con un teléfono móvil a su alcance, es decir, ciudadanos con mayores herramientas y capaces de influir en los acontecimientos.

Las viejas utopías o los llamados “mega relatos”, han perdido su densidad y obviamente su adhesión. Antes, las personas optaban por depositar su confianza en sueños que se estimaban posibles, respecto de un mundo mejor. Así, adherir a un proyecto colectivo tenía sentido y daba razones para vivir y hasta para entregar la vida por ellos.

Estamos refiriéndonos a aquellas utopías que no transan en proponer una completa correspondencia entre medios y fines, que buscan vienes espirituales y principios superiores junto con aquellos otros materiales y que catalogan a sus líderes por su compromiso con las tareas de largo plazo y no solo con las conquistas inmediatas.

Esa visión hacía que esa confianza utópica, se transfiriera a personas que lograban encarnar ese sueño, dándole una cuota de realidad y concretud. Las ideas entonces, lograban hacerse tangibles, pues había alguien que lograba también verbalizar el sueño, tomar decisiones en la dirección que cada uno esperaba y hacer palpable la esperanza.

Aquellos líderes, muchas veces participantes del sistema de partidos políticos, lograban institucionalizar aquellas ideas, dándole a los sueños una dimensión formal, estructurada y con un proyecto inspirador de la acción.

Se lograba, en ese escenario, complementar una realidad problemática con una promesa de alcanzar el sueño y para mucha gente eso era suficiente. Eso bastaba para que una persona

la vida por el líder, el partido y el proyecto. Allí se concentraban los más nobles ideales.

El problema es que esa confianza ciega, comenzó a contrastarse con los resultados y ahí comenzó una lenta pero progresiva decepción, a lo largo de muchas generaciones que fueron siendo testigos de que el sueño demoraba demasiado en hacerse visible y la mayor parte de las veces, nunca se llegaba.

La paciencia se fue agotando, no necesariamente por la pérdida de valor intrínseco de esas ideas transformadas en sueños, sino porque la democracia fue manifestando sus defectos, sus imperfecciones y sus vacíos. Y también porque algunos confiscaron la democracia y la expresieron para sí mismos.

Entonces, hay que ser capaces de dimensionar la situación actual de la democracia, para no equivocarse el diagnóstico y tampoco las rectificaciones y cambios que ella requiere con urgencia. En efecto, el abordaje de este asunto no puede esperar más, porque aun sin pretenderlo, podemos encontrarnos de pronto en un escenario ya inmanejable.

Como es sabido, una vez detectado un problema, es tan importante definir el objetivo de solución, como la oportunidad en que este se implementará. El caso es que el tiempo escasea, pues la velocidad de avance del problema y su capacidad de transformación constante obliga a actuar con una mayor proactividad.

¿Crisis, malestar, desafección?, parece que todo junto designa la situación de la democracia. Manuel Castells decía que la democracia tal y como la conocíamos ha “estallado” en la mente de las personas. Lo que nos quiere decir Castells, es que los presupuestos, las expectativas y la experiencia efectiva de la democracia, ya no son consistentes para los ciudadanos y estos han comenzado a no permitirle a la democracia no ser lo que ha prometido ser.

No pretendemos decir con esto, que la democracia sea el estadio superior y perfecto de la convivencia social y de la administración del poder. De hecho, encontrar a lo largo de la historia una democracia absoluta y plenamente realizada, no es posible. Pero al menos, la gente le pide a su democracia que alcance los mínimos aceptables de aquellos principios que la definen. Uno de los mayores problemas, es probablemente que esos mínimos son cada vez más exigentes y más hondos en sus aspiraciones.

Tampoco podemos obviar las formas democráticas que existen y que sirven de comparación, respecto de lo que podemos estimar como una “buena democracia”. Para eso basta mirar nuestra América Latina.

Estudios y datos objetivos señalan que la democracia chilena, presenta ventajas respecto de otras, más cercanas a experiencias fallidas. Aunque esta sentencia da para una reflexión en sí misma, digamos por ahora que si solo consideramos los indicadores de respeto a los derechos humanos, la búsqueda de un desarrollo equitativo y el ejercicio de las libertades ciudadanas, resulta muy claro que nuestro sub continente tiene ejemplos que van de un extremo a otro. El juicio relativista de algunos que no ponderan del mismo modo a regímenes autoritarios, no resultan aceptables. Las dictaduras lo son en cualquier tiempo y lugar.

4.- Institucionalización de la sospecha: el debilitamiento de la autoridad, los vínculos humanos y las nuevas formas de participar.

Como lo sabemos bien, en América Latina existen “democracias” donde una de las pocas cosas verdaderamente institucionalizadas, es la corrupción. Resulta sorprendente, pero hay lugares donde aquello que funciona con reglas socialmente conocidas, son aquellos sistemas no escritos pero que operan y que aceptan la trampa en las elecciones, los que funcionan para evitar la aplicación de justicia, los que permiten evadir los impuestos, los que posibilitan agilizar un trámite o los que simplemente permiten no pagar una multa de tránsito.

Hablamos de la corrupción porque no siendo la única causa de la desconfianza, sí corroe las bases de sustentación de la credibilidad en la democracia.

Cuando la experiencia de un ciudadano es que la ley no es más que una formalidad que funciona bajo criterios de discrecionalidad o directamente bajo la lógica del abuso y la arbitrariedad, lo que se asienta es la institucionalización de la sospecha.

La predisposición inicial de las personas parece ser creer que las cosas no funcionan con principios de objetividad y mucho menos de igualdad. Hay demasiados ejemplos de personas e instituciones que gozan de privilegios, que los exceptúan de cumplir con las normas generales, así como también de normas que directamente o no se aplican o se adaptan convenientemente según las circunstancias o los actores involucrados.

Uno de los efectos más dañinos de una cultura de la sospecha es que la autoridad pierde valor y dignidad. En democracia el respeto a la autoridades es un asunto fundamental, en el entendido que es la propia ciudadanía la que otorga esa autoridad, en un acto soberano. Las dificultades comienzan, cuando las personas deciden retirar esa asignación de autoridad, no necesariamente por capricho, sino por decepción reiterada.

Esta situación que emana de hechos específicos, luego se van instalando en la conciencia como una cierta verdad que comienza a actuar permanentemente. Cuando esto ocurre, se produce una actitud de resistencia a la autoridad y todo lo que ella representa. Las consecuencias de esto son previsibles.

Los ciudadanos deberían siempre tener el ánimo de supervigilar a sus autoridades, en una sana actitud de controlar el cumplimiento de sus compromisos fundamentales. Sin embargo, de aquella actitud a suponer que las autoridades pretenden perjudicar a las personas o que siempre buscan su propio interés, es un asunto bien distinto.

Si mi vínculo con las autoridades se vacía de confianza, entonces, ¿Qué puede ser confiable?, ¿en quién puedo creer?, ¿Quién garantiza que la sociedad en que vivo persigue el bien común y no solo el interés individual?.

Basta sumar a lo que hemos mencionado la incertidumbre frente al futuro y el cuadro que se dibuja para la democracia, resulta muy poco alentador. Todo se vuelve inestable e incierto y nadie puede dar garantías que entreguen solvencia y seguridad.

Por otro lado, el individualismo imperante, hace que la gente se conozca cada vez menos y se debiliten los vínculos humanos. Como señala Bauman, “La no percepción de signos tempranos de que algo amenaza o anda mal en el compañerismo humano y la viabilidad de la comunidad humana, y de que si no se hace nada las cosas se podrán aun peor, significa que la noción de peligro se ha perdido de vista o se ha minimizado lo suficiente como para inutilizar las interacciones humanas como factores potenciales de autodefensa comunitaria, y los ha convertido en algo superfluo, somero, frágil y quebradizo”⁵.

El debilitamiento de la autoridad y la de los propios vínculos humanos, derivan en una relación nueva y distinta de los ciudadanos con la institucionalidad democrática. De hecho, la participación de las personas tal y como está establecida, pierde valor y significación y se abren otras formas de expresión, que exigen injerencia en los procesos de toma de decisiones.

Hay que poner atención a este fenómeno. Los ciudadanos no es que no quieran participar, como ocurre con la clásica interpretación de la abstención electoral, lo que ocurre, es que ya no quieren utilizar las formas y los canales clásicos para ese fin, que se han desprestigiado a sus ojos.

La ciudadanía comienza a forzar a la institucionalidad establecida, para dar un rendimiento para la cual muy probablemente no esté ni preparada ni diseñada. Como hemos dicho, este requerimiento aun no es generalizado y evidente, pero avanza con rapidez, transformándose cada vez más en una suerte de tendencia.

La gente hoy tiene medios que le permiten ejercer formas de control y evaluación de las autoridades o instituciones democráticas que actúan con una eficiencia nunca antes vista. Una grabación, una fotografía o un video, son capaces de desencadenar un debate nacional o incluso internacional en pocos minutos.

Esas herramientas tecnológicas desafían cualquier intento de mantener en privado, actos eminentemente públicos, como lo son las actuaciones de las autoridades o los representantes del sistema democrático. La transparencia no se impone hoy necesariamente por la vía de las convicciones, sino por la imposición de una realidad brutal: todo puede ser expuesto, en virtud de un ciudadano armado de un celular.

Estas señales nos proponen un cambio radical del ejercicio de la democracia que hemos vivido hasta ahora.

Habrà que ponerse a la altura del problema.

